

guida las puertas. Guardas los legajos para tí, para tí sola. Y en cuanto hayas recogido mis otros manuscritos, se los mandas á Ramond... ¿Oyes? Esta es mi última voluntad.

Pero ella le cortó la palabra, negándose á escucharle.

—¡No, no! ¡Estás diciendo desatinos!

—Clotilde, júrame que guardarás los legajos y que mis otros papeles los entregarás á Ramond.

Por fin juró, entristecida y llorosa. Conmovidísimo también él, habíala cogido entre sus brazos, prodigándola caricias, como si de pronto se le hubiese vuelto á abrir el corazón. Se sosegó después, y habló de sus temores. Desde que se esforzaba en trabajar, parecían haberle acometido de nuevo: espíaba alrededor del armario; pretendía haber visto rondar por allí á Martina. ¿No podían explotar la ciega devoción de esta muchacha, impelerla á una mala acción, persuadiéndola de que salvaba á su amo? ¡Había sufrido tanto con la sospecha! Bajo la amenaza de la próxima soledad, volvía á experimentar el antiguo tormento, el suplicio del sabio amenazado y perseguido por los suyos, en su casa, en su misma carne, en la obra de su cerebro.

Una noche que volvía á este tema, hablando con Clotilde, se le escapó:

—¿Comprendes? Cuando ya no estés aquí...

Quedóse blanca, de tan pálida; y al ver que se detenía, replicó estremeciéndose:

—¡Oh, maestro, dueño mío! ¿Aún piensas en tal iniquidad? Bien veo en tus ojos que algo me ocultas, que tienes una idea que ya no me pertenece... Pero, si me voy y te mueres, ¿quién estará aquí para defender tu obra?

Pensó él que Clotilde se habituaba á la idea de la marcha, y encontró fuerzas para responder alegremente:

—¿Crees acaso que me dejaría morir sin volver á verte?... ¡Qué demonio! Te escribiré, y tú vendrás á cerrarme los ojos.

Entonces, desplomada en una silla, comenzó á sollozar.

—¡Dios mío! ¿Es posible? ¡Quieres que mañana ya no estemos juntos, nosotros que no nos separamos ni un minuto, que vivimos uno en brazos del otro! Y sin embargo, ¡si hubiese nacido un hijo...

—¡Ah! ¡Esa es mi penitencia!—interrumpió él violentamente. Si hubiese nacido un hijo, nunca te hubieses marchado... ¿No ves, que soy hartito viejo y que me desprecio á mí mismo? Conmigo seguirías siendo estéril;

tendrías el dolor de no ser mujer completa, ¡madre! ¡Vete de aquí, puesto que no soy un hombre!

En vano se esforzaba ella por sosegarlo.

—¡No! No ignoro lo que piensas; veinte veces lo hemos dicho; si á la postre no hay un hijo, el amor no es más que una porquería inútil... La otra tarde tiraste aquella novela que estabas leyendo, porque, estupefactos los protagonistas de haber procreado un hijo, sin sospechar siquiera que tal cosa pudiese ocurrir, no sabían cómo deshacerse de él... ¡Ah! ¡Lo que yo he esperado, lo que yo anhelaría tener un hijo tuyo!

Aquel día pareció enfrascarse aún más Pascual en el trabajo. A la sazón eran ya sesiones de cuatro ó cinco horas, mañanas, tardes enteras, en que no levantaba la cabeza. Exageraba su celo, prohibiendo que le molestasen, que le dirigiesen una sola palabra. Y á veces, cuando Clotilde salía de puntillas, para girar órdenes abajo y para dar una vuelta fuera de casa, asegurábase con furtivo mirar de que ella ya no estaba allí, y después reclinaba la cabeza en el borde de la mesa, con aspecto de inmensa pesadumbre. Doloroso descanso del extraordinario esfuerzo que tenía que imponerse

para permanecer detrás de la mesa, al sentirla cerca de él; para no cogerla entre sus brazos y no retenerla así horas y horas besándola dulcemente. ¡Ah, qué ardoroso llamamiento dirigía al trabajo, único refugio donde esperaba aturdirse, anonadarse! Pero lo más frecuente era no poder trabajar, y tenía que representar la comedia de la atención, puestos los ojos en las cuartillas, sus tristes ojos velados por las lágrimas, mientras su pensamiento agonizaba, borroso y fugitivo, lleno siempre de la misma imagen. ¿Iba, pues, á presenciar la bancarrota del trabajo, él que lo creía soberano, creador único, regulador del mundo? ¿Tendría que arrojar los trebejos, renunciar á la acción, limitarse á vivir, á amar á las guapas chicas volanderas? ¿O sería culpa de su senectud, si se hallaba incapaz de escribir una página, como lo era de procrear un hijo? Siempre le había atormentado el miedo á la impotencia. Mientras permanecía sin fuerzas, abrumado por su miseria, con la mejilla contra la mesa, soñaba que tenía veinte años y que cada noche, abrazado al cuello de Clotilde, tomaba el vigor necesario para la faena del día inmediato. Y corrían lágrimas por su barba blanca; y al oírla volver á subir, se endere-

zaba con presteza y cogía otra vez la pluma, para que le encontrase como le había dejado: sumido al parecer en una profunda meditación, donde sólo había penuria y vacío.

Estaba mediando el mes de Setiembre, y dos interminables semanas habían transcurrido en empeño tan fatigoso, sin dar con ninguna solución, cuando una mañana tuvo Clotilde la gran sorpresa de ver entrar á su abuela Felicidad. La vispera se la había encontrado Pascual en la calle de la Banne, é impaciente por consumir el sacrificio, no hallando en sí fuerzas para la ruptura, habíase confiado á ella, á despecho de su repugnancia, rogándola que al otro día fuese á verlos á su casa. Precisamente ella acababa de recibir otra carta de Máximo, desconsoladora y suplicante.

En primer término, explicó su presencia.

—Sí, yo soy, queridita; y para que vuelva á poner aquí los pies, ya comprenderás que es preciso que muy graves razones me determinen á ello... En verdad que te has vuelto loca: no puedo dejarte encenagar así tu existencia, sin hablarte claro por última vez.

En seguida leyó la carta de Máximo, con voz lacrimosa. Estaba clavado en un sillón,

por haberle acometido una ataxia de curso rápido, muy dolorosa. Por eso exigía respuesta categórica de su hermana, con la esperanza de que aún viniese, y temblando ante la idea de verse reducido á buscar otra enfermera. Sin embargo, es lo que tendría que hacer, si le abandonaban en su triste situación. Y cuando Felicidad hubo terminado la lectura, dió á entender cuán desagradable sería dejar que la fortuna de Máximo pasase á manos extrañas; pero, sobre todo, habló de deberes, del auxilio á que tiene derecho un pariente, aparentando también la certeza de que había mediado una promesa formal.

—Vamos, queridita, haz memoria. Le dijiste que si alguna vez necesitaba de ti, irías á reunirte con él. Aún me parece estarte oyendo... ¿No es así, hijo mío?

Desde que su madre estaba allí, callábase Pascual, y la dejaba hablar y hacer, pálido y con la cabeza baja. No respondió sino haciendo una señal afirmativa.

Después repitió Felicidad todas las razones que él mismo había dado á Clotilde: el escándalo horroroso que rayaba en insultante, la amenazadora miseria tan pesada para ellos dos, la imposibilidad de continuar la mala vida en que él, envejeciendo, acaba-

ría de perder su poca salud, y en que ella, tan joven, concluiría de comprometer su honra y nombre. ¿Qué porvenir podían esperar, ahora que había llegado la pobreza? Era imbécil y cruel obstinarse así.

Derecha y con la entereza retratada en el rostro, Clotilde guardaba silencio, negándose hasta á discutir. Pero, como la apremiase y la hostigase su abuela, al fin dijo:

—Por última vez repito que no tengo ningún deber para con mi hermano; mi deber está aquí. Puede disponer de su fortuna; yo no la quiero. Cuando estemos muy pobres, mi dueño despedirá á Martina y me conservará como criada.

Acabó haciendo un mohín. ¡Oh, sí, era el ideal, sacrificarse por su príncipe, darle su vida; antes mendigar por los caminos, llevándole de la mano; y luego, de regreso, como la noche en que habían ido de puerta en puerta, hacerle el regalo de su juventud y calentarle entre sus puros brazos!

La anciana señora Rougon frunció la barbilla.

—Antes de ser su criada, mejor hubieses procedido comenzando por ser su mujer... ¿Por qué no os habéis casado? Más sencillo y más decente era eso.

Recordó que un día había venido á exigir ese casamiento, con el fin de ahogar el naciente escándalo, y la joven se había manifestado sorprendida, diciendo que ni ella ni el doctor pensaban en eso, pero que si era menester se casarían más tarde puesto que nada les apremiaba.

—¡Casarnos! ¡Eso quiero!—exclamó Clotilde.—Tienes razón, abuela...

Y dirigiéndose á Pascual

—Cien veces me has repetido que harías lo que yo quisiera... ¿Oyes? Cásate conmigo. Seré tu mujer, y me quedaré. Una mujer no abandona á su marido.

Pero él no respondió sino con un gesto, como si temiera que la voz le traicionase y aceptara con un grito de gratitud el eterno lazo que ella le proponía. Su ademán podía significar vacilación, negativa. ¿Para que ese matrimonio *in extremis*, cuando todo se derrumbaba?

—No cabe duda, son hermosos sentimientos—replicó Felicidad.—Lo arreglas muy bien dentro de tu cabecita. Pero el matrimonio no os dará rentas; y, entre tanto, le cuestas cara y eres la más pesada de las cargas para él.

El efecto de esta frase fué extraordinario

en Clotilde, quien se volvió con ímpetu hacia Pascual, con las mejillas como púrpura y preñados de lágrimas los ojos.

—¡Maestro, dueño mío! ¿Es cierto lo que dice la abuela? ¿Te pesa el dinero que te cuesta?

El, palideciendo aún más, no modificó su actitud abrumada. Pero con voz mustia, como si hablase consigo mismo, murmuró:

—¡Tengo tanto trabajo! ¡Tengo tal empeño en reanudar mis legajos, mis manuscritos, mis notas, y en concluir la obra de mi vida!... Si estuviese solo, quizá pudiera arreglarlo todo. Vendería la Souleiate, ¡oh! un pedazo de pan: no vale caro. Me metería, con todos mis papeles, en un cuartito. Trabajaría de la mañana á la noche, y trataría de no ser harto desdichado.

Pero rehuía mirarla; y en la agitación que ella sufría, no la dominaba ese balbuceo doloroso. Espantábase á cada segundo, pues presentía que iba á decirse lo inevitable.

—¡Mirame, maestro, mirame cara á cara!... Y te conjuro; ¡sé valiente, elige entre tu obra y yo, puesto que indicas que me despidas para trabajar mejor!

Había llegado el minuto de la mentira heroica. Levantó la cabeza, la miró de frente

con valentía, y con la sonrisa del moribundo que anhela por la muerte, recobrada su voz que respiraba divina bondad, exclamó:

—¡Cómo te resistes!... ¿No puedes cumplir sencillamente tu deber, como todo el mundo?... Tengo mucho que trabajar, necesito estar solo, y tú, querida, debes reunirme con tu hermano. Vete, pues; todo ha concluido,

Hubo algunos segundos de terrible silencio. Mirábale ella, inmóvil, con fijeza, en la esperanza de verle amainar. ¿Decía la verdad? ¿No se sacrificaba para que fuese dichosa? Por un instante tuvo la sensación sutil del sacrificio, cual si un soplo tembloroso emanado del amante se lo advirtiese.

—¿Y me echas para siempre? ¿No me permitirías volver mañana?

Permaneció firme, pareciendo responder con otra sonrisa que no era cosa de marcharse para volver así. Y todo se anubló; ya no tuvo Clotilde más que una percepción confusa, y pudo creer que él optaba por el trabajo sinceramente, cual hombre de ciencia en quien la obra vence á la mujer. Se había puesto muy pálida, aguardó otro poco entre el horrible silencio; luego, lentamente, con su aire de tierna y absoluta sumisión, dijo:

—Está bien, maestro; partiré cuando quie-

ras, y no regresaré sino el día que me vuelvas á llamar.

Esto fué el hachazo. Estaba realizado lo irrevocable. En seguida Felicidad, absorta de no haber tenido que lidiar más, quiso que se fijase la fecha de la marcha. Aplaudíase por su tenacidad, creyendo haber obtenido la victoria en cruda guerra. Era viernes, y se convino en que Clotilde partiría el domingo. Hasta se le envió un parte telegráfico á Máximo.

Llevaba tres días soplando el *mistral*. Pero, á la noche, redobló con mayor violencia, y anunció Martina que aún duraría lo menos tres días, según la creencia popular. Son terribles los vientos de fines de Setiembre, á través del valle de la Viorne. La criada cuidó de subir á todos los cuartos, para ver si estaban bien cerrados los postigos. Cuando soplabá el *mistral*, cogía en escuadra á la Soulejade por encima de los tejados de Plassans, sobre la pequeña meseta donde estaba construida. Y aquello era un frenesí, una tromba furiosa, continua, que azotaba la casa, conmoviéndola desde el sótano al granero durante días y noches, sin descanso. Volaban las tejas, saltaban los herrajes de las ventanas, al paso que por las rendijas

colábase el viento en el interior con desatinado zumbido quejumbroso, y las puertas se cerraban al menor olvido con estruendo de cañonazos. Parecía un sitio en toda regla sostenido en medio del estrépito y angustia.

Al día siguiente, en aquella casa melancólica, sacudida por el ventarrón, Pascual quiso ocuparse con Clotilde de los preparativos de viaje. La anciana señora Rougon no volvería hasta el domingo, en el momento de la despedida. Cuando Martina supo la próxima separación, se quedó atónita, muda, con los ojos encandilados, y como la habían despachado del cuarto, diciéndola que no hacía falta para llenar las maletas, se volvió á la cocina, entregándose allí á sus habituales faenas y aparentando ignorar la catástrofe que destruía aquella familia de tres personas.

Pero al menor llamamiento de Pascual acudía tan presurosa, tan lista, con la cara tan plácida, tan iluminada por su celo en servirle, que parecía una muchacha joven. Elno abandonó un minuto á Clotilde, ayudándola, deseando convencerse de que se llevaba todo lo que podía necesitar. Dos grandes maletas estaban abiertas en medio del desordenado aposento; por todas partes ha-

bía tirados envoltorios y vestidos; girábanse visitas, veinte veces repetidas, á los muebles, á los cajones. Y el trabajo, la preocupación de no olvidar nada, eran á modo de anestesia del vivo dolor que uno y otro experimentaban en la boca del estómago. Se aturdián por un instante: él, cuidadoso, veía á fin de que no se desperdiciase ningún hueco, utilizando la caja de los sombreros para prendas menudas, metiendo cajitas entre las camisas y los pañuelos; mientras ella, desabrochando los vestidos, los doblaba encima de la cama, en espera de colocarlos lo último de todo, en la bandeja de arriba. Después, cuando un poco cansados se enderezaban y se veían frente á frente, sonreíanse al principio y luego contenían bruscas lágrimas, por el recuerdo de la inevitable desventura que pesaba sobre sus cabezas y las vencía. Pero permanecían firmes, con el corazón vertiendo sangre. ¡Dios mío! ¿Con que era verdad que ya no estaban unidos? Y trémulos, oían el ventarrón, el terrible *mistral* que amenazaba desplomar la casa.

Aquel día, ¡cuántas veces fueron á la ventana, atraídos por la tempestad, con el deseo que arrastrase consigo al mundo! Durante las rachas de *mistral*, no cesó de lucir el

sol, y el cielo estuvo siempre azul; pero de un azul lívido, turbio de polvo, con un sol amarillento, pálido de escalofrío. Miraban á lo lejos las inmensas polvaredas blancas que se cernían sobre los caminos; los árboles doblados, desgrefñados, aparentando huir en la misma dirección, cual si galopasen; la campiña entera, seca, desfallecida por la violencia de aquel soplo siempre igual que redobla sin fin con su silbo de rayo. Tronchábanse y desaparecían las ramas, volaban las techumbres, arrastradas á tal distancia, que ya no se volvían á encontrar. ¿Por qué no les cogía el *mistral* juntos, para arrojarlos allá lejos, en el país desconocido, donde se puede ser feliz?

Iban á quedar arregladas del todo las malletas, cuando quiso él volver á abrir un postigo que el viento acababa de cerrar; mas hubo tal empuje por la entreabierta ventana, que acudió ella á escape en su auxilio. Cargaron allí con todo su peso, y por fin logran hacer girar la falleba. Las últimas prendas habíanse desparramado por el aposento, y recogieron hecho trizas un espejito de mano, caído de una silla. ¿Era señal de muerte próxima, como dicen las comadres del barrio?

Por la noche, después de una triste colación en el comedor, empapelado de claro con grandes ramos de flores, Pascual habló de acostarse temprano. Clotilde tenía que partir al día siguiente, en el tren de las diez y cuarto de la mañana; é inquietábale á él lo largo del viaje, veinte horas de ferrocarril. Después, en el momento de meterse en la cama, la besó, empeñándose en acostarse solo desde aquella misma noche, en irse otra vez á su antigua alcoba.

Estaba resuelto en absoluto—decía—á que descansara. Si se quedasen juntos, ni uno ni otro pegarían ojo; y sería aquella una noche en blanco, infinitamente triste. En vano le suplicó ella, con sus magníficos ojos llenos de ternura; en vano le tendió sus brazos divinos: tuvo la extraordinaria fuerza de voluntad de salir de allí, besándola antes en los ojos, como á una niña, arropándola con la colcha y recomendándola que fuese muy juiciosa y que durmiese bien. ¿No estaba consumada ya la separación? Se hubiese llenado de remordimiento y de vergüenza, poseerla ahora, cuando ya no era suya. ¡Pero qué horrible regreso á aquella alcoba húmeda, abandonada, donde le aguardaba el frío lecho de su celibato! Le pareció volver

á entrar en la vejez y que ésta caía sobre él para siempre, cual tapa de plomo de ataúd. Al principio, acusó al viento de su insomnio. La muerta casa llenábase de alaridos, y se mezclaban entre sí voces quejumbrosas y voces iracundas, en medio de sollozos continuos. Dos veces se levantó y fué á escuchar donde dormía Clotilde: no oyó nada. Bajó á cerrar una puerta que aporreaba con sordos golpes, como si la desdichada hubiese llamado á las paredes. Por los aposentos oscuros cruzaban resoplidos; volvió á acostarse, yerto de frío, estremeciéndose, acosado por lúgubres visiones. Después tuvo conciencia de que aquella fuerte voz que le hacía sufrir, que le quitaba el sueño, no procedía del desencadenado *mistral*. Era el llamamiento de Clotilde, la sensación de que ella estaba allí, y de que él se había privado de ella. Entonces fué arrollado por una crisis de locos deseos, de insensata desesperación. ¡Dios mío, no llamarla ya nunca suya, cuando con una palabra podía conservarla, tenerla siempre! Aquella carne joven que le quitaban, era como si le arrancasen su propia carne. A los treinta años vuelve á encontrarse mujer. Pero en la pasión de su virilidad agonizante, ¡qué

esfuerzo para renunciar á aquel fresco cuerpo, embalsamado por la juventud, que se ofrecía regiamente, que le pertenecía como propiedad suya, como parte de sí mismol Diez veces estuvo á punto de saltar de la cama é ir á recogerla y conservarla para sí. La espantosa crisis duró hasta rayar el día, en medio del furibundó asalto del viento, que hacía temblar toda la vetusta casa.

Eran las seis, cuando habiendo creído Martina oír que su amo la llamaba encima de su cuarto, taconeando en el suelo, subió á verle. Llegaba con el aire vivo y exaltado que tenía desde la antevispera; pero permaneció inmóvil de inquietud y de sorpresa al verle á medio vestir, atravesado en la cama, hecho un desastre, mordiendo la almohada para ahogar los sollozos. Había querido levantarse, vestirse en seguida; y un nuevo acceso acababa de abatirle, presa de vértigos, asfixiado por las palpitaciones.

Apenas hubo salido de un breve síncope, cuando comenzó á tartamudear su tormento.

—¡No! No puedo, sufro demasiado... Prefiero morir, morirme ahora...

Sin embargo, conoció á Martina y se aban-

donó, se confesó ante ella, exhausto de fuerzas, anegado y arrollado por el dolor.

—¡Pobre hija mía! sufro en extremo, mi corazón estalla... Ella es quien me arrebató el corazón, quien se lleva consigo todo mi ser. Y no puedo vivir sin ella... He estado á punto de morirme esta noche; quisiera morir antes de su marcha para no tener el desconsuelo de verla abandonarme... ¡Ah, Dios mío! Se va, y ya no la tendré más, y me quedo solo, solo, solo...

La criada, tan alegre al subir, se había puesto pálida como la cera, con cara mustia y dolorida. Le miró un instante arrancar las sábanas con sus crispadas manos, estertorar su desesperación con la boca pegada á la colcha. Luego pareció que se decidía, y con brusco esfuerzo, le dijo:

—Pero, señor, no tiene sentido común tomarse semejante desazón. Es ridículo... Puesto que no puede V. pasarse sin la señorita, voy á decirle en qué estado se ha puesto V....

Esta frase le hizo levantarse violentamente, tambaleándose aún y sosteniéndose en el respaldo de una silla.

—¡Te lo prohibo, Martinal

—¡Como que voy á hacerle á V. caso!

¡Para volverle á encontrar medio muerto, llorando á moco tendido! ¡No, no! ¡Yo soy quien va á ir en busca de la señorita, y la diré la verdad, y la obligaré á que se quede con nosotros!

Pero, lleno de ira, la agarró de un brazo y no la soltaba.

—Te mando que te estés quieta, ¿oyes?, ó si no te vas con ella... ¿Por qué has entrado? Si me puse malo, fué á causa del ventarrón. Nadie tiene que mezclarse en mis negocios.

Después, lleno de ternura y cediendo á su bondad habitual, acabó por sonreirse.

—Pobre hija mía, ¿no ves que me enfadas? Déjame obrar como debo, para bien de todos. Y chitón, que me acabarías de matar.

A su vez, llenáronse de lágrimas los ojos de Martina. Ya era tiempo de que se entendiesen, porque casi en seguida entró Clotilde, levantada desde muy temprano por el ansia de ver otra vez á Pascual, esperando, sin duda, hasta el último momento, que éste la retendría. También ella tenía pesados los párpados, fruto del insomnio, y le miró fijamente, con aire interrogador, al maestro. Pero estaba aún tan desfallecido, que se puso intranquila.

—No, te lo aseguro; ¡hubiera dormido

como un lirón si no es por el *mistral*... ¿No te lo dije, Martina?

La criada le dió la razón, con un movimiento de cabeza. Y también Clotilde se sometía, sin decirle su noche de lucha y sufrimiento, mientras él agonizaba por su parte. Las dos mujeres no hacían más que obedecerle y ayudarle, dóciles, olvidadas de sí mismas.

—Espera—prosiguió, abriendo la cómoda; —aquí tengo algo para ti... ¡Toma! En este sobre hay setecientos francos...

Y por más que ella protestó y se defendió, la dió cuentas. De los seis mil francos de las alhajas, apenas se habían gastado doscientos, y él se quedaba con cien para llegar hasta fin de mes, con la estricta economía, con la sórdida avaricia que mostraba á la sazón. Después, no cabe duda que lograría vender la Souleiate: trabajaría y sabría salir bien del paso. Pero no quería tocar á los cinco mil francos restantes, porque eran de ella sólo, y volvería á encontrarlos en el cajón.

—Maestro, maestro, me haces daño, me afliges...

La interrumpió, diciendo:

—Lo quiero, y tú eres quien me destroza-

— ¡Ah, qué viento! — dijo Clotilde al oír una racha de *mistral* que hizo gemir á todas las puertas.

Pascual acercóse á la ventana y miró cómo empujaba y sacudía los árboles la tempestad.

— Desde esta madrugada, va siempre en aumento. Preciso será ahora tener cuidado por la techumbre, porque ya han volado algunas tejas.

Ya no estarían juntos nunca. Sólo oían ese viento furioso, barriéndolo todo, llevándose la vida.

Por fin, á las ocho y media, Pascual dijo sencillamente.

— Ya es tiempo, Clotilde.

Esta se levantó de la silla donde estaba sentada. A ratos, olvidábase de que se iba. De pronto, resurgió la espantosa certidumbre. Le miró por vez postrera, sin que él abriese los brazos para retenerla. Aquello había concluido. Y ella se quedó inmóvil con rostro inexpresivo, como herida por un rayo.

Al principio, cruzaron las palabras sacramentales.

— Me escribirás, ¿eh?

— Ciertamente; y tú, dame noticias lo más á menudo posible.

— Sobre todo, si cayeses enfermo, llámame á escape.

— Te lo prometo. Pero no hay peligro; estoy como un roble.

Luego, al punto de abandonar aquella mansión tan querida, Clotilde la abarcó toda con vacilante mirada. Y dejóse caer sobre el pecho de Pascual, estrechándole entre sus brazos, balbuciente.

— Quiero abrazarte aquí, quiero darte las gracias... Maestro, tú eres quien me has hecho lo que soy. Según solías repetir, has enmendado mi ley de herencia. ¿Qué hubiera sido de mí allá, en el medio donde se desarrolló Máximo?... Sí; si alguna cosa valgo, á ti solo te lo debo; á ti, que me has trasplantado á esta morada de la verdad y la bondad, donde me has hecho crecer digna de tu ternura... Hoy, después de haberme amparado y colmado de beneficios, me echas de aquí. Hágase tu voluntad; eres mi dueño, y te obedezco. Te amo á pesar de todo, te amaré siempre.

La estrechó él contra su corazón, y dijo:

— No deseo más que tu bien: concluyó mi obra.

Y entre el último beso, el beso desgarrador que se dieron, suspiró ella en voz muy baja:

—¡Ah, si hubiese venido un hijo!

Más quedo aún, con un sollozo, creyó ella oírle tartamudear palabras confusas:

—Sí, sí; la otra obra soñada, la única verdadera y buena, la obra que no he podido hacer... Perdóname, trata de ser feliz.

La anciana señora Rougon estaba en la estación, muy vivaracha á pesar de sus ochenta años. Triunfaba, creía tener á su hijo Pascual á merced suya. Cuando vió alejados á los dos amantes, encargóse de todo, sacó el billete, facturó el equipaje y colocó á la viajera en un reservado de señoras. Luego habló detenidamente acerca de Máximo, dió instrucciones, exigió que se la tuviese al corriente. Pero el tren no arrancaba, y aún transcurrieron cinco minutos atroces, durante los cuales permanecieron cara á cara, sin decirse nada ya. Por fin, todo se zangoloteó, hubo abrazos, estrépito de ruedas, pañuelos agitándose.

Bruscamente, se dió cuenta Pascual de que estaba solo en el andén, mientras allá lejos había desaparecido el tren por un recodo de la línea. Entonces, sin hacer caso de su madre, tomó carrera, emprendió un escape furioso de hombre joven, subió la cuesta, saltó á zancadas los escalones de áridas

pedras, y en tres minutos se halló en la terraza de la Souleiade. El *mistral* soplaba allí con furia; una gigantesca racha doblaba como pajas los cipreses centenarios. En el cielo descolorido, el sol parecía fatigado de tanto viento, cuya violencia llevaba seis días ya de pasarle por delante de la cara. Y semejante á los desgredados árboles, Pascual se mantenía firme, dando latigazos de bandera sus vestidos, con las barbas y los cabellos arrebatados, azotados por la tempestad. Y con aliento entrecortado, puestas ambas manos sobre el corazón para contener las palpitations, miraba huir á lo lejos el tren por la llanura rasa: un tren pequeñito, que el *mistral* parecía barrer cual si fuese una ramita de hojas secas.